

MEMORIA E INTELIGENCIA

por

MARIO SORIA

Es la memoria una de las facultades mentales menos apreciadas del hombre. Se la considera una especie de mecanismo fisiológico capaz de ser desarrollado hasta cierto punto por una especie de gimnasia mnemotécnica, casi como se abultan los bíceps o los pectorales mediante ejercicios adecuados. O bien se la concibe como una aptitud que se limita a reproducir lo conocido, sin inventar, desarrollar ni hallar ideas nuevas. La pueden sustituir artilugios como los ordenadores, con lo cual ya casi no la necesita el hombre, porque todo lo que él cree imprescindible recordar se lo da preparado, casi sin esfuerzo alguno, esa prótesis del espíritu. Comparada con la inteligencia, está la memoria en la situación del pobre Lázaro tendido a los pies del rico Epulón: recibe las migajas que caen de la mesa de la cultura. Sirve para que los estudiantes repitan como loros lecciones en los exámenes, o para exhibirla en certámenes estúpidos, tales como aprenderse de corrido en tiempo mínimo una página de la guía telefónica. La juzgan más ligada a las funciones biológicas que cualquier otro fenómeno psíquico. Su debilitamiento señal es de vejez, a causa de la arterioesclerosis u otra enfermedad senil. No se la incluye en la definición del hombre: *homo sapiens*, no *meminens*, insistiéndose sutilmente en el conocimiento abstracto y actual, postergado el recuerdo. Por último, no se la admite más que como parte o aplicación de la inteligencia, a modo de ayuda, almacén de ideas o repertorio de conceptos, *ancilla intelligentiae*. Y respecto de su peculiaridad, o sea conocer lo pretérito como tal, participa simplemente de la sensibilidad, vale decir de una función inferior al entendimiento (1).

(1) Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma teológica*, I, q. 79, a 6.

Meditemos unos instantes en esta identificación de inteligencia y memoria, porque de ella creemos que proceden muchos errores difundidos respecto de la última.

No es necesaria larga reflexión para advertir que es la comprensión intelectual, criatura mimada de análisis y teorías, muy distinta del recuerdo, de tal modo que resulta el último irreductible a la primera. Si se lleva a cabo una esmerada fenomenología del recuerdo, a la manera de Scheler y Husserl, fácilmente se llegará a la conclusión que tiene la memoria un componente cronológico esencial, del que carece la intelección en cuanto es comprensión conceptual de algo. La intelección existe, *salvo meliore iudicio*, en lo intemporal e incondicionado. Lo verdadero lo es siempre o, por lo menos, lo es aquí y ahora absolutamente. En cambio, el recuerdo se refiere a una categoría distinta: es la aprehensión de entes o hechos cuya característica no consiste en ser verdaderos o reales en algún momento o en todo tiempo, sino en haber sido y volver a ser mentalmente, con referencia ineludible al pasado. Si el conocimiento de la esencia o lo actual es objeto de la inteligencia, al revés, de la memoria es fin la aprehensión de un hecho, persona u objeto que fue y ya no es, que duró un lapso sin llegar hasta el presente, que existió unitariamente en una serie cronológica interrumpida y cuyo ser transcurrido se evoca. En cierta forma, al ente o concepto simple de la inteligencia le une la memoria la categoría de «recordado», categoría heterogénea bien respecto a toda idea fruto del entendimiento, bien a un producto de la fantasía, bien a una sucesión o movimiento del sentido interno, bien a una asociación de ideas o juicios. Es operación privativa de una facultad espiritual determinada, inconfundible con la privativa de otras.

Ya en la edad media, para no remontarnos más atrás, se distingue con claridad el objeto de ambas facultades, con la consiguiente diferencia de las dos. El carmelita inglés Juan Baconthorp, por ejemplo, sostiene ser acto de la memoria el entender lo pretérito como pretérito, al contrario de la inteligencia, que considera su objeto universalmente, no desde un punto de vista particular, como es el del tiempo. A lo cual hay que señalar que aunque los animales también recuerden, lo hacen en forma de simple asociación de imágenes a las que va unida cierta sensación, no advirtiendo el pasado como tal. Aspecto

este último que no observó Santo Tomás al degradar la memoria a mero modo de la sensibilidad, cuando no la incluía en el intelecto (2).

Es la comprensión de la verdad acto relativamente simple: algo se conoce como siendo o no siendo, sea porque así lo haya determinado el razonamiento, sea porque lo haya verificado la experiencia. Trátase, pues, de un suceso psíquico terminante, en el cual se decantan numerosos procesos intelectuales anteriores y que permite descansar a la inteligencia con la seguridad de haber conseguido lo que buscaba. Sólo se discierne lo enmarañado de la verdad analizándola secundariamente, rememorando las etapas que a ella condujeron.

Porque no es la verdad más que en leyenda mujer sentada en el fondo de un pozo, sin afeites ni ropa, esperando a los audaces que bajen a buscarla y buceen en la oscuridad. Si bien se mira, es como las Inmaculadas de ciertos cuadros de Murillo y Zurbarán, vestidas de blanco y azul, dicromía simbólica, erguidas delante de un fondo que no es el puro y terso dorado de las glorias bizantinas ni de los italianos primitivos, sino nebuloso, compuesto de infinitos colores y tonos, desde el blanco, sepia, amarillo pálido, pasando por el dorado hasta el castaño claro, y donde se entreen miríadas de ángeles y los símbolos lauretanos de la Virgen. La luz que ilumina estos lienzos es sólo a primera vista sencilla, incolora, uniforme, como en muchas pinturas de Claudio de Lorena, luz a la que corresponde en filosofía la comprensión cartesiana; bien mirada la primera, bullen en ella todos los colores, entremezclados de acuerdo con una ley de la que no nos percatamos a primera vista, de manera que se funden y confunden en aparente caos.

En cambio, por su naturaleza misma, desde el momento primero que se lo considera, es complejo el recuerdo: entraña de por sí, primordialmente, el re-presentar del objeto recordado y su retroproyección como aspectos esenciales del proceso. Si para el razonamiento culminan los antecedentes en la conclusión, que los subsume

(2) Véase nuestro estudio *Poesía y prosa en la obra de San Juan de la Cruz* (revista *Verbo*, Madrid, 1991, nº 299-300), notas 52 y ss. y textos allí alegados.

a todos, por el contrario los mantiene sin fundirlos la memoria, en una especie de visión múltiple de su objeto peculiar.

De otro lado, como consta el razonamiento de diversos momentos y tiene que considerar numerosas relaciones, necesita recordar, al menos tácitamente, los pasos que llevan al término del juicio, so pena de que no resulte éste más que una afirmación instantánea, antojadiza e infundada. Piénsese, por ejemplo, en el silogismo «bárbara»: «Todos los hombres son mortales; Sócrates es hombre; luego, Sócrates es mortal». Aparece en este discurrir la conclusión como término cuyas etapas explícitamente se mencionan para llegar al fin lógico. De igual modo, cualquier discurso gnoseológico está compuesto de varios momentos previos al aprehender lo que se juzga verdadero. Para lograr la conclusión definitiva hay que tener presentes siempre, al menos en el umbral de la consciencia, los pasos anteriores, evitando contradicciones y armonizando lo precedente con lo posterior. Todo ello no es sino una forma de recuerdo aplicada al razonamiento.

Pero no es sólo la forma del discurso lo que sustenta la memoria, sino la materia del mismo, esas ideas, razonares, juicios o conclusiones que se conocen antes de discurrir, que se sobreentienden en cualquier discurso y se emplean a lo largo de un proceso intelectual; si se olvidaran, no sólo se vería privado el cognoscente de casi todos sus conocimientos, sino que quedaría en el aire el pensamiento, por agudo que fuese el ingenio: caería como ave incapaz de volar en el vacío; en otras palabras, se mostraría como una forma de demencia. Es, entonces, la memoria, base de la inteligencia. Bien ha llamado San Agustín a esa función de la mente, hoy tan postergada: *Campus et lata praetoria memoriae* (3).

Por lo tanto, si pretende cimentar sus conclusiones, tiene la inteligencia que recurrir a la memoria, distinguiendo en el acto último de la aprehensión de la verdad, en su aparente transparencia conceptual, lo intrincado de un asunto cualquiera conocido exacta-

(3) *Confesiones*, lib. X, § 12. Al respecto, véanse nuestro libro *La información* (Madrid, 1991), págs. 77 y ss., y, sobre todo, las magníficas consideraciones del obispo de Hipona en su obra citada, lib. X, caps. 8 y 9.

mente. En otras palabras, ha de remitirse la inteligencia a la memoria, aunque sin negar la peculiaridad y validez de la inferencia.

Además, si se considera un juicio no como verdad intemporal o absoluta, por ejemplo, «Pedro está contento», sino su equivalente como verdad actual: «Ahora está Pedro contento», de inmediato se emplea la memoria, siquiera sea de forma supuesta, por la mención tácita de otro tiempo distinto del presente.

Perfectamente se adaptan a la memoria los versos de Hugo von Hofmannsthal:

*«Denn: dass ich vor hundert Jahren war
und meine Ahnen, die im Totenbemd,
mit mir verwandt sind, wie mein eignes Haar,
so eins mit mir wie mein eignes Haar».*

Ella encadena lo sucedido a lo actual, mientras que la inteligencia —repetimos— tiende a detenerse en lo momentáneo o, mejor dicho, a saltar de una conclusión a otra, importándole principalmente el término, no el camino o los elementos de que está compuesta la verdad.

Caracteriza esencialmente al hombre una trilogía o trinidad reflejo de la Trinidad arquetípica, según lo sostenía ya San Agustín: memoria, inteligencia y voluntad (4). La definición posible derivada de esa relación peculiar será más propia que la de «animal racional», comúnmente aceptada, que pone de relieve sólo parte de lo definido y hace hincapié en la condición individual y mundana del hombre. La determinación trinitaria, a la inversa, abarca al ser del hombre en todos sus aspectos: el temporal, la condición de existente en el mundo y la conexión con el plano metafísico. No obedece sólo a la antropología ni a la biología.

Así, proporciona la memoria los inagotables materiales que elabora la inteligencia y conforme a cuyos juicios actúa la voluntad. Suprimir una de estas facultades o supeditarla hasta prácticamente anular su idiosincrasia, significa mutilar al hombre. La tendencia a

(4) *De Trinitate*, lib. X, cap. 12; lib. XI, cap. 3 *et alibi*.

prescindir de la memoria o a considerarla como un saber inferior que, en todo caso, no sea más que acólito del entendimiento, ha producido modernamente un hombre en exclusiva razonador, que cree que discutiendo con lógica puede conocerlo todo, amén de arrebatado en la acción, convencido de que moverse, gesticular, correr, agitarse es actuar de forma inteligente, no a modo de loco o energúmeno. Y ha sido también causa del desprecio a las humanidades, mantenidas por la memoria, de ella nacidas y en las cuales consiste la mayor parte de la cultura, no en la investigación científica, fruto de conocimientos auxiliares almacenados artificialmente, así como del razonamiento puro y la experimentación.